

SI NO SE CUMPLEN MIS TEORÍAS, TENGO OTRAS



EL ESTREPITOSO FRACASO DE LOS ECONOMISTAS ANTE LA CRISIS

XAVIER HORCAJO


ESPASA

SI NO SE CUMPLEN MIS TEORÍAS, TENGO OTRAS

EL ESTREPITOSO FRACASO DE LOS ECONOMISTAS ANTE LA CRISIS

XAVIER HORCAJO



ESPASA

© Xavier Horcajo Gerique, 2014
© Espasa Libros, S.L.U., 2014

Diseño e imagen de cubierta: más!gráfica

Depósito legal: B. 211-2014
ISBN: 978-84-670-4075-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Rodesa, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.espasa.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	13
1. LOS JINETES DEL APOCALIPSIS	17
El «dramatis personae» de Montoro	18
Montoro y Asociados	23
El caballo bermejo de De Guindos	29
Las cosas de Elena Salgado	33
Los gemelos Nadal	36
2. LA BURBUJA PREDECIBLE	39
La «Reserva» de aire	40
La «Filfazona»	42
3. ADEMÁS, ESPAÑA SE EQUIVOCÓ	47
El factor humano	48
No hay más ciego que el que no quiere ver	50
«Bueno, vale»	54
El paraíso perdido	57
La maldita especulación	61
4. EL ORIGEN DE ALGUNAS COSAS	67
El virus político	70

El efecto «patrón»	74
¿Formar economistas o enseñarles el mal camino?	79
5. LA CUARTA BURBUJA O EQUIVOCARSE DE NÁUFRAGO	85
El cajón roto	87
6. LOS QUE HAN PAGADO LA FIESTA	91
¿Son prioritarios los parados?	92
Vive y deja morir	95
Seis millones de biografías rotas	98
¿Se rompió la «ciudadela» del empleo?	104
A lomos del pensionista	106
7. UNA DROGA LLAMADA DEUDA	111
El colesterol público	115
8. A GRANDES MALES, MALOS REMEDIOS	119
Amnistía, que nada queda	122
9. LA CRISIS FINANCIERA Y EL JUICIO DE SALOMÓN	129
Los impulsos minimalistas	130
<i>Mea culpa</i>	132
La falibilidad de los mercados financieros	135
10. ¿QUIÉN VIGILA A NUESTROS REGULADORES?	139
Cuando Nadie se Mueve por Valores (CNMV)	143
Si hay voluntad, hay un camino	147
El peor escándalo, Bankia	150
La justicia a veces mata	152
11. RÉQUIEM POR LAS CAJAS DE AHORRO	157
¡Mírame a la cara!	162
Bienvenidos a chicha y nabo	164
Un pianista ambicioso	166
A lo loco, y sin faldas	168
El arrogante Rato	171
La tierra de las flores, de la luz y del amor	174
Engaño en Bolsa	176
El influjo autonómico	180
La Caixa sin aforros	181

ÍNDICE

12. LAS SORPRESAS DEL PP: «¡ESPAÑA MIENTE!»	185
Las promesas de Rajoy	187
13. Y EL ENFERMO EN PLANTA	195
14. EL ABOMINABLE PASADO RECIENTE	203
La larga mano de Sebastián	205
15. UN PAÍS MUY DÉBIL EN EL EURO	211
16. EL BANCO MALO Y OTRAS DUDAS	215
Debates hurtados	217
17. EL ENGAÑO DE LAS PREFERENTES Y LA INCULTURA FINAN- CIERA	221
Si hay que engañar, se engaña	226
El reproche	230
La falta de ética de las cláusulas suelo	233
18. VIAJE AL FUTURO	237

1

LOS JINETES DEL APOCALIPSIS

Donde hay poca Justicia es un peligro tener razón.

QUEVEDO

Hasta que la crisis —que dura ya casi un septenio— no estalló, los economistas gozaban de un prestigio ganado en el pasado por los hombres que diseñaron los Pactos de la Moncloa y supieron encaramar el país al tren europeo. Las nuevas sociedades democráticas de América Latina venían a España a estudiar nuestra Constitución, pero se marchaban con copias de nuestros Pactos de la Moncloa. Aquello se lo debemos a Enrique Fuentes Quintana, a José Luis Leal y a ese octogenario maravilloso que nos formó a todos de algún modo, Ramón Tamames. Esos gigantes de la Economía sí nos guiaron y nos encarrilaron por la autopista de la prosperidad.

Luego vino el indiscutido euro y su más que discutible aplicación en las calles, pero los españoles —cegados por la promesa de enormes becerros de oro inmobiliarios— se lo perdonamos. Ellos cacareaban que todo iba bien, enceraban las perspectivas (los pronósticos o *forecasts*) de la clase política. Les daban lo que querían oír y... a cobrar. Cuando debieron decir: «No voy a tragar con esto, aunque lo mande el sursuncorda».

Cuando empezamos a sufrir el ajuste sobre nuestros lomos, nos giramos airados hacia los «Jinetes del Apocalipsis» —los economistas— porque no supieron predecir ni agarrar el timón para llevarnos a playas seguras. Los hombres económicos (del latín *homo oeconomicus* y, en adelante, *tribu económica*) nos fallaron, no por

indoctos, sino por vendidos al dinero y al poder. Atravesaron la crisis, unos pegados al sol que más calienta, otros jugando a alquimistas al servicio del político; la cuestión es que los españoles tienen derecho a señalarlos con el dedo o a gritarnos airadamente: «¡Falsarios, cabrones!».

EL «DRAMATIS PERSONAE» DE MONTORO

La teoría de la «elección pública», o *public choice*, se sitúa entre la Economía y la Ciencia Política y consiste en estudiar, desde el punto de vista del economista, todas las decisiones que se toman en el sector público y en la economía pública, siempre partiendo de la base de que el individuo es quien ha de decidir. La Academia Sueca otorgó a James M. Buchanan el Premio Nobel de Economía por sus investigaciones sobre la *elección pública*. Bien, pues esta escuela, dentro del más estricto liberalismo, introdujo la idea de que los políticos no actúan solo persiguiendo el interés general, sino que tienen también sus propios objetivos de casta que hay que tener en cuenta si se quiere entender las políticas económicas.

Decía Orson Welles que «los hombres son siempre más interesantes que las ideas». En este caso, los grandes hombres de nuestra economía son personas con malas pulgas, con tics de despotismo, de autoritarismo. Montoro tiene un sentido del humor confuso. Sus bromas se interpretan como actos de chulería en las Cortes. Sus ejemplos son advertencias, casi amenazas, sobre todo en el terreno fiscal. El economista Montoro traicionó lo que fue el *leitmotiv* de su vida, desde los tiempos en los que ejercía de espía de Aznar entre la guardia pretoriana de Rodrigo Rato, de apóstol de la *supply side*, aquella de David Stockman, el economista a la sombra de Reagan, esta teoría que aplicó el principio económico de Jude Wannisky, quien comprobó que bajando impuestos, aumentaban los ingresos al activar la economía. Se basaba en la *curva de Laffer*. Esta curva muestra cómo a partir de cierto tipo impositivo, una subida de los tipos impositivos provoca una bajada de la recau-

dación fiscal, porque al ser alta la presión fiscal muchos prefieren no ganar más u ocultar su dinero en paraísos fiscales y sociedades opacas. Compleja psicología la del que viene con jóvenes principios trotskistas; se entrega a los principios *neocon* y acaba por acomodarse a las recetas socialdemócratas más clásicas: si tienes problemas, sube los impuestos.

En su fase liberal, Montoro escribía sobre la teoría que combinaba las políticas de oferta con las de expansión del crédito (conocida como la *two handed approach*). Hoy se conforma con subirnos todos los impuestos, saltando al estilo «Fosbury» sobre el compromiso electoral del Partido Popular con los españoles. Solo tres países europeos (Bélgica, Dinamarca y Suecia) pagan más tipos máximos de IRPF que la España de Montoro. Su récord está en haber consumado treinta subidas tributarias en los primeros dieciséis meses de gobierno.

El *dramatis personae* de Cristóbal Montoro Romero corresponde con el del economista que se hace político, casi sin saber cómo. En su caso, entró en el círculo *aznarista* de la mano de Luis Ángel Rojo, quien le tenía por alumno aventajado y que declinó hacer de cicerone económico de «Josemari». El *alma mater* de Montoro es la Autónoma de Madrid, de la que fue profesor. Concretamente el departamento de Fuentes Quintana, de donde salen también José Barea, José Folgado o Maximino Carpio. Montoro es doctor (con tesis sobre las nacionalizaciones bancarias en la Francia de Mitterrand) y catedrático de Economía Aplicada, Hacienda Pública y Derecho Tributario en la Universidad de Cantabria.

De eso ha pasado mucho tiempo. Donde de verdad se forjó fue durante una docena de años al frente del Instituto de Estudios Económicos. Como él afirma, «fue la economía la que me llevó a la política». Pero fue su sintonía con Pedro Arriola, en la CEOE, la que le llevó hasta Aznar, y este le convirtió en ministro de Hacienda entre 2000 y 2004. Luego fue coordinador de Economía del PP durante la travesía del desierto llamada oposición, en la que nos sobrevino la crisis; fue Montoro quien cocinó lo que, ya en el poder, se pasó por el forro.

Montoro no era ni de FAES, la Fundación del PP, ni del *clan de Valladolid*, pero se coló en el primer Gobierno de Aznar. El expresidente le colocó de «vigilante» cerca del ministro Rodrigo Rato, que lo fue de Economía y Hacienda en el primer Gobierno Aznar. Cristóbal se ganó el galón y Aznar le hizo ministro de Hacienda. Siempre con un perfil técnico. La huida del barco de sus mayores, cuando el PP pasó a la oposición tras el 11-M, convirtió a Cristóbal en «capitán».

Su gran error fue no entender —desde la oposición— la dimensión de la crisis. Cuando elaboró el programa electoral que llevó a Rajoy a la Moncloa, Montoro creía que era otra como la de 1996: «Otra vez los sociatas gastando a manos llenas». Pensó que con la misma medicina saldría del hoyo. «Bajamos los impuestos, estimulamos el mercado y ya está», debió de pensar. Pero cuando volvió al Ministerio la prima estaba intratable, todos desconfiaban de España, los ingresos fiscales del Estado se despeñaban y el déficit público estaba fuera de control. Aquello no tenía nada que ver con el 96. Y Montoro se dio de bruces con la realidad, que tuvo que asumir a costa del programa electoral y la credibilidad del PP.

A Montoro le definen muchas cosas. Por ejemplo, fue cabeza de lista del PP por Sevilla, sin tener arraigo en la capital andaluza (antes lo fue por Cádiz, aunque tampoco vivió allí nunca). Desde niño vive en Madrid, donde tiene varias propiedades, pero no renuncia a los 1.823 euros mensuales de ayuda a los diputados de provincias.

Parece un hombre tranquilo, pero tiene sus prontos agrios y malcarados. Por ejemplo, le molestó muchísimo que se conociera su caída del caballo (no tipo Saulo, sino física) en Moralzarzal. Aquello le presentaba como un pijo y eso es muy duro, *vanitas, vanitatum*. Montoro ahora está sentimentalmente ligado a la risueña enfermera Beatriz, estudiante de Bellas Artes, con la que comparte aficiones hípicas. Está separado de la funcionaria Josefina Duro, madre de sus dos hijas y de militancia trotskista mantenida en el tiempo (compartida con el hoy ministro en tiempos mozos). Josefina fue «arrinconada» por la izquierda en la Seguridad Social,

donde trabajaba. El motivo era simple: era la mujer de Montoro. Incluso desde su mayor estatura le recriminaba sus embestidas a Solchaga, cuando este era ministro, y le calificaba de «¡traidor!». Ambos presentaron papeles de separación en el juzgado el mismo día en que su hija menor cumplió los veinte años.

De la dureza de la ruptura y de la del propio Montoro dan idea dos cosas: ella quiso convocar una rueda de prensa para explicar a los medios cómo era el entonces ministro de Hacienda con Aznar. Él se marchó a la residencia de campo de la familia en Guadarrama. Allí, sin calefacción, pasó el invierno, a pesar de coincidir con el escándalo Gescartera que tanto afectaba al PP. Montoro pudo haber usado la vivienda oficial del ministro en el Ministerio, pero prefirió el frío de la sierra madrileña.

También le define su «rinconcito», el minúsculo despacho donde el todopoderoso ministro de Hacienda sufre en silencio. Puedo asegurarles que él quiso que fuera así de chiquito, porque en el Ministerio los hay talla XXL. Las malas lenguas dicen: bicho pequeño, jaula pequeña. Pero, cuidado, que Montoro no se entere porque tiene mala uva. Para la gente de izquierdas, Montoro es un previsible doctrinario, con conchas en lo técnico, pero que se vuelve grosero en la medida en que avanza en la política más abierta.

El veterano catedrático de Hacienda Pública Cristóbal Montoro le ganó el pulso político a Luis de Guindos en los primeros compases del gobierno de Rajoy. La arquitectura fiscal depende de él. Si se equivocan subiendo el IRPF y no el IVA, es acierto o culpa de Montoro. Por cierto, el manchurrón de Montoro es la sospecha de usos oscuros de los brutales mecanismos en manos del titular de Hacienda de cualquier Gobierno. Trescientos ceses en la Agencia Tributaria en los dos primeros años del PP en el poder. Algunos clamorosos, como el de Beatriz Viana, por los líos de la infanta Cristina de Borbón con fincas indebidamente catastradas a su nombre; luego, el del director de Inspección de grandes empresas y fortunas, al sentirse desautorizado por la sanción a Cementos Mexicanos (Cemex), que debió ser de 450 millones de euros y no

fue, y media docena de amenazas a tertulianos, comunicadores y periodistas, propias de un pendenciero de arrabal que amenaza con un «¡sé dónde vives!».

Los doctrinarios no solo viven en el barrio de la izquierda española; Montoro también lo es. Para muestra, no olviden que, en diciembre de 2013, para explicar la crisis desatada en la Agencia Tributaria, dijo, medio en serio, medio en broma, que los ceses se debían a que la AEAT «está llena de *sociatas*». Algo que un ministro no puede decir ni tras una noche de copas.

Alguien podría preguntar: «¿Por qué Rajoy acepta ir contra el «ADN» del PP, que es bajar impuestos?». Pues por lo mismo que Montoro: porque es Bruselas la que nos lo impone; el señor Olli Rehn y el señor Mario Draghi, responsables del «monitoreo» de las decisiones de un país, sin intervenir, pero en «libertad vigilada». Además, es la medida con menor «coste de enfrentamiento» a corto plazo con la sociedad, algo que tienen muy en cuenta Rajoy y su equipo. En el ADN de nuestro presidente manda el «tancredismo», como saben, aquella figura de la tauromaquia en la que el diestro inmóvil sobre un escabel burla al toro con su inmovilidad.

Uno de nuestros mejores catedráticos en ultramar, Jesús Fernández-Villaverde (Universidad de Pensilvania), afirma que «España tiene muy buen suelo: en cuanto se riega un poco salen brotes verdes». Montoro tuvo que hacer un obscuro desnudo intelectual para reconocer que, con Aznar, «lo primero fue reducir el gasto público. A las dos semanas, ya lo habíamos recortado en 200.000 millones de pesetas [...] luego, dos reducciones tributarias en el primer paquete del nuevo Gobierno», precisamente las dos cosas que le reprochan no haber hecho para salir de la crisis, ahora en el Gobierno de Rajoy.

«La suerte es que esta crisis —dice Montoro— nos ha empapado de economía. Cuando la política se hace economía, creo que la gente se entiende mucho mejor». Pero salir de la crisis con «impuestazos» es como ganar al fútbol de penalti, «una manera cobarde de marcar», como se dice en ese mundillo.

MONTORO Y ASOCIADOS

Una de las últimas resoluciones de la ministra Salgado en Economía fue repartir casi cien millones de euros entre veinticinco empresas. Se trataba de subvenciones del Centro para el Desarrollo Tecnológico e Industrial (CDTI). La que más se llevó fue la empresa de aviación EADS (17,6 millones), la segunda fue la andaluza Abengoa (10,9 millones). Las ayudas asomaron la nariz en el BOE, cuando ya mandaba el PP. Los fondos públicos repartidos en plena crisis a empresas rentables no fueron discutidos por la *tribu económica*, en la medida en que se vendía como estímulo de la I+D+I del país. Pero ¿los indigentes dan propina? Los economistas tragamos con el absurdo de subvencionar a quien no lo necesita, abrazados al tonto supuesto de que son industrias estratégicas que nos darán futuro. Pero esas subvenciones las guiaron los más sórdidos vínculos entre la política y los intereses empresariales. Eso también incrementó nuestro déficit público.

Abengoa venía de haber sido pionera en eso de las centrales termosolares, con una de diez megavatios en Sanlúcar la Mayor, Sevilla. Aquello era lo que el ministro de Industria Miguel Sebastián quería, y un año después (2008) la empresa de los Benjumea tenía ya 56 plantas y 2.475 megavatios instalados. La clave fueron las suculentas primas ofrecidas por el Gobierno Zapatero a los inversores en este tipo de energía, a ritmo de 2.500 millones de euros/año con compromiso de mantenerlas veinticinco años. Los promotores de energías renovables se llevaron más de 30.000 millones de los españoles por decisión de los Gobiernos de Zapatero.

Cuando el Gobierno de Mariano Rajoy extendió una moratoria sobre las primas a las renovables, Montoro encontró una salida que beneficiaba a Abengoa y, algo menos, a ACS y Acciona. Quedarían a salvo —es decir, cobrando— las plantas termosolares o fotovoltaicas inscritas en un prerregistro de productores. En mitad de la crisis Abengoa tenía comprometido recibir 12.000 millones de euros en los próximos veinticinco años, la mitad del rescate de Bankia. Abengoa siempre se llevó bien con el poder, incluso con olfato

premonitorio. Así, un mes antes de que el PP ganara las generales, sustituyó en el consejo a Carlos Sebastián, hermano del ministro protector de la energía fotovoltaica, y lo sustituyó por Ricardo Martínez-Rico, economista del Estado y estrecho colaborador de Crisóbal Montoro en el ámbito privado y en el público. Montoro lo convirtió en secretario de Estado de Presupuestos en 2003.

El cargo de consejero independiente de Abengoa significa una remuneración de unos 300.000 euros al año. Abengoa entiende sus relaciones con el mundo político como una especie de *do ut des* (te doy, para que tú me des); por allí han pasado Josep Borrell, Luis Solana, Javier Rupérez, Alberto Aza o el primo del Rey, Carlos de Borbón-Dos Sicilias.

El que había sido su segundo en Hacienda, Ricardo Martínez-Rico (exsecretario de Estado de Hacienda), y Montoro fundaron la consultora Montoro y Asociados, hoy Equipo Económico, el 5 de junio de 2006, justo cuando volvía de ser eurodiputado. Entre los fundadores figuraba también Luis de Guindos, ministro de Economía. El hermano de Martínez-Rico, de nombre Felipe, era el jefe de gabinete de Montoro. Muchos oyeron las voces de los hermanos en el enfrentamiento a propósito de las primas entre el ministro de Hacienda y el de Industria, José Manuel Soria. Tanto Montoro y Asociados como Equipo Económico han vendido asesoramiento en materia de subvenciones; sin embargo, sus principales clientes son las Administraciones.

¿Qué llevó al aparentemente austero Montoro a montar la consultora? Pocos meses después de pasar el periodo de «abstinencia» de dos años, impuesto a los ministros, el extitular de Hacienda con Aznar reclutó a su gente de confianza y se los llevó a su negocio privado. Se trataba de vender agenda y contactos. Resulta patético, puesto que los ministros hacen las agendas por el cargo que «ostentan» y por los favores que hacen; no las traen de antes. Por tanto, es dudoso que la agenda sea suya privada.

Con él se fueron Salvador Ruiz Gallud, ex director general de la Agencia Tributaria; Miguel Crespo Rodríguez, subsecretario de Economía (secretario de Caja Madrid con Miguel Blesa); Manuel

de Vicente Tutor, director de gabinete de la Agencia Tributaria; Pilar Platero Sanz, ahora subsecretaria de Administraciones Públicas en el Gobierno de Rajoy a instancias de Montoro (en tiempos de Aznar fue directora de gabinete de Martínez-Rico); José Manuel Fernández Norriella (hasta septiembre de 2009); e incluso Lorenzo Bernaldo de Quirós también estuvo en su momento fundacional y cuatro meses más. Aquello no podía ir mal: conseguían subvenciones para Abengoa, Solaria o Befesa, aprovechando que tenían «mano» en sus Consejos. Finalmente, el ministro de Hacienda vendió sus acciones de la consultora a su hermano, el sociólogo Ricardo Montoro, en noviembre de 2007.

Fernández Norriella les hizo lugar en Ebro Puleva, Esteban Sastre les franqueó el Instituto de la Empresa Familiar y les contrató el G-14 de las principales inmobiliarias. Además, obtenían contratos inverosímiles en casi todas las Administraciones del PP, como el Instituto Madrileño de Desarrollo o la Consejería de Familia y Asuntos Sociales, para la cual los de Montoro estudiaron la dependencia y los dependientes (diciembre de 2009). Así, hasta los casi seis millones de euros de facturación en 2012. *Pecunia non olet* (el dinero no huele).

El «Vietnam» de Montoro se llama Equipo Económico. Cuando su subsecretario Rafael Catalá Polo (hoy secretario de Estado en Fomento) abandonó la Administración porque había ganado Rodríguez Zapatero, el propietario principal de Codere, José Antonio Martínez, le fichó para la empresa de juego. Estaban preparando la salida a Bolsa. Años después, la agencia económica Bloomberg acusó a Montoro de «espantar» a empresas extranjeras de juego *online*, con amenazas de hacerlas tributar en España. Bloomberg concluyó que con eso se favorecía a Codere, uno de los mejores clientes de Equipo Económico. Para los anglosajones, todo un «conflicto de intereses».

«Después del fisco español, el mayor beneficiario en potencia era Codere, una compañía de apuestas con sede en Madrid, que es cliente de la empresa del lobby Equipo Económico. La empresa [Equipo Económico] presionó a los legisladores en nombre de

Codere, cuando la ley del juego se presentó en el Parlamento, de acuerdo a una persona involucrada en el proceso. Parte de la firma era entonces del hermano de Montoro, Ricardo, que vendió su participación en 2012». Eso dijo Bloomberg y, a pesar de la amenaza de ser llevado a los tribunales, no rectificó nunca.

No era la primera vez que medios extranjeros apuntaban a las relaciones empresariales del titular de Hacienda. *The Wall Street Journal* llegó a hablar de «conflicto de intereses» en la reforma de la Ley Energética; y la especializada *Recharge* recordó la relación de Montoro con la firma española de paneles solares Solaria.

De entre los «gregarios» de Montoro, no resisto la tentación de hablar de Pilar Valiente, número dos de la Oficina Antifraude en Hacienda, después de innumerables traspies en rutilantes cargos. Tercera oportunidad política para la funcionaria tras el caso de los expedientes del PSOE y la salida de la CNMV por Gescartera. Pilar Valiente Calvo fue proyectada a la presidencia de la Asociación Profesional de Inspectores de Finanzas del Estado en la segunda mitad de la década de 1980, gracias al *dedazo* de su amigo, el exsecretario de Estado de Hacienda Enrique Giménez-Reyna. Desde entonces, su historial es el de alguien que gozó de las más increíbles oportunidades y que siempre las malogró. Sus amigos en el PP la auparon meteóricamente a la Dirección General de Inspección de la AEAT, junto a uno de sus grandes amigos, Jesús Bermejo, a la sazón director de la Agencia. Se dedicó con ahínco a unos centenares de expedientes «cajoneados» por sus antecesores socialistas. Terminó mal: Baltasar Garzón los acabó archivando en 1997.

Valiente también fue la autora del informe de la Agencia Tributaria sobre las empresas del caso Filesa, así que fue premiada con la Dirección General de Inspección, pero por poco tiempo. Su carrera tuvo un percance cuando su inseparable Bermejo caía por llevarse expedientes de su despacho, en sospechosas visitas nocturnas al mismo. Garzón también archivó ese caso, pero Valiente dio a parar en la menos relevante jefatura de la Unidad Central de Coordinación de Delitos contra la Hacienda Pública, donde apenas duró un año.

El 6 de octubre de 2000, Cristóbal Montoro, ministro de Hacienda (como ahora), la aupó a la presidencia de la Comisión Nacional del Mercado de Valores (CNMV). Si su nombramiento era inusual (de Hacienda al Mercado de Valores), su dimisión fue sonada. De hecho, José María Aznar se deshizo de ella después de que Valiente protagonizara una intervención «peculiar» —diría un inglés— en la que trató, con poco éxito, de explicar su implicación personal con Gescartera en favor de su «compañero y amigo personal» Giménez-Reyna. Los diarios incautados a Pilar Giménez-Reyna la pusieron en el disparadero. La cosa incluía el reconocimiento de haber recibido regalos personales de los Giménez-Reyna. Muchos se preguntaron por qué Pilar Valiente no fue imputada por Teresa Palacio, la instructora del caso Gescartera.

Todo aquello llevó a Valiente al ostracismo y a la oscuridad del machito en Hacienda, hasta que Montoro volvió a sacar cabeza como titular del ministerio. Valiente resurgió cual «ave fénix» y fue elegida para ocupar la Dirección Adjunta de la Oficina Nacional de Investigación del Fraude (ONIF).

¿Cómo es Valiente? Cuando ejercía como inspectora de tributos en Palma, Valiente se sorprendió de que uno de los más fértiles valles de Mallorca (el de Sa Pobla) rindiera poco al fisco. Valiente la emprendió contra la Cooperativa Sa Pobla, exigiendo listados de aportaciones de sus agricultores, famosos por las legendarias patatas tempranas de Sa Pobla, conocidas en toda Europa. La gente de este valle no se tomó a bien las exigencias de la inspectora. Se produjo un largo y tenso tira y afloja. A Valiente le salió un duro oponente en el gerente de la Cooperativa, Francisco Berga. Este combinó astucia mediterránea y amenazantes desgarros numantinos. Al final ganó Sa Pobla. La presión sobre las autoridades públicas hizo recular a Hacienda. Pilar Valiente fue devuelta a Madrid y la calma volvió al patatal.

Poco después de llegar a Madrid, «alguien» en Hacienda la emprendió contra Francisco Berga en su condición de consejero delegado de la agencia de valores Inverbroker Baleares. Hacienda imputaba a Inverbroker un presunto delito fiscal en su actividad de

compra y venta de activos financieros, principalmente bonos del Estado y letras del Tesoro. «Esto es una *vendetta*», repetía Berga.

El juez de delitos monetarios de la Audiencia Nacional Miguel Moreiras instruyó el caso a instancias de la Agencia Tributaria. Pilar Valiente y Alicia Villegas firmaron el informe de la Agencia en el que se apoyó Moreiras para fijar una fianza de responsabilidad civil récord —hasta ese momento— en la historia judicial española: 105.000 millones de pesetas, además de otros cientos de millones de fianzas para evitar ir a prisión.

En diciembre de 1995, Moreiras suspendía la fianza astronómica, convencido de que las tesis de Hacienda eran una chapuza. Se habían basado en una estimación de fraude de 79.060 millones de pesetas y en unos 200.000 millones de pesetas de movimientos de Inverbroker. Un segundo informe pericial ordenado por el juez descubría que el informe de Hacienda sumaba compras y ventas en operaciones *intradía* (las que se realizan cuando se compra y se vende un valor en la misma sesión bursátil). Con ese segundo informe, la operativa real de la agencia de valores se reducía a unos 2.000 millones. El globo pinchaba. Además era una intermediaria que compraba y vendía en nombre de clientes, a menudo comunidades de bienes.

El ridículo fue espantoso. Hacienda se olvidó del supuesto delito fiscal para perseguir las comisiones pagadas por sus clientes a Inverbroker. Cuando los abogados de Berga, de los hermanos Rafael y Jaime Monjo, de Salvador Miras y de Emilio Gilolmo, empezaron a discutir la operativa en la Audiencia Nacional (por favor, ¡contengan la risa!) resultó que la documentación incautada en rutilantes entradas y registros de la Policía Judicial había sido destruida.

José Antonio Choclán, magistrado de lo penal de la Audiencia Nacional, e Ignacio Gordillo, el fiscal, estuvieron de acuerdo en considerar «prescrito» el presunto delito imputado por Hacienda a los socios de Inverbroker.

Ese desconocimiento de la operativa de las agencias de valores no fue obstáculo para que Pilar Valiente, «por su excelente profe-

sionalidad» (Montoro *dixit* el día de su nombramiento), fuera premiada con la presidencia de la CNMV hasta septiembre de 2001, cuando la oposición exigió su cese fulminante y ella se vio obligada a dimitir.

EL CABALLO BERMEJO DE DE GUINDOS

El segundo «jinete del Apocalipsis» es Luis de Guindos Jurado, quien montó al caballo bermejo. El actual ministro de Economía y Competitividad se formó en el Centro Universitario de Estudios Financieros (CUNEF) y fue Premio Extraordinario Fin de Carrera. Es técnico comercial, economista del Estado (TCEE) y profesor de la IE Business School de Madrid. Fue consejero de AB Asesores (1988-1996) y ocupó diversos cargos durante la era Aznar.

De Guindos llegó a la política de la mano de Rodrigo Rato, que lo incorporó a su equipo sin dudarlo. Fueron ocho años, los mismos que gobernó el PP, los que estuvo tomando el pulso de la economía española a diario, como director de Política Económica y Defensa de la Competencia primero y como secretario de Estado de Economía después. En el Ministerio de Economía, De Guindos fue el *alter ego* de Rato; luego, cuando le llegó la hora de ser ministro a él, le puso vinagre en la herida a Rato. En su etapa de secretario de Estado de Economía en el último Gobierno Aznar (2002-2004), De Guindos pilotó los innumerables ajustes para conseguir entrar en el euro. Quizá por ello es uno de los más significados defensores de la moneda única. Incluso a finales de 2013, quizá por tener un pie en Europa, De Guindos fue de los primeros en echar las campanas al vuelo con un «la crisis del euro se ha acabado». De Guindos —o *windows*, como le llaman en el Ministerio— mantuvo acalorados debates en defensa del euro con otros euroescépticos españoles.

Por ejemplo, mantuvo un duelo con Alberto Recarte, quien le reprochaba —con razón— que los tipos de interés del crédito bajaran en exceso por culpa del euro y que, por tanto, la moneda infló

la burbuja. Incluso Recarte mantenía (en octubre de 2008) que el euro nos ata de pies y manos y que producirá efectos posteriores a la crisis en la economía española durante diez años. De Guindos, con cara de póker, afirmaba que «el euro nos brindó un ciclo de diez años de prosperidad como nunca antes habíamos tenido» y que, a futuros, «el euro nos obliga a ser disciplinados». En sus tesis, si no hubiéramos tenido el euro, la crisis nos hubiera producido enormes tensiones inflacionarias» y, por supuesto, «solos no habríamos superado el *crack* de nuestro sistema bancario».

Uno de los reproches que —por viejo— no va a ser menos reproche es que cuando era segundo oficial de la economía española mantuviera en noviembre de 2003 que «en España no hay burbuja inmobiliaria, sino una evolución de precios al alza que se van a ir moderando con más viviendas en alquiler y más transparencia en los procedimientos de urbanismo». Ni en esto ni en lo de los alquileres hizo nada cuando pudo y ya entonces había signos de recalentamiento del ladrillo. Luis y Belén (su esposa) tenían ya suficientes amigos que habían hecho la barba de oro con urbanizaciones residenciales y bloques de pisos; solo tenía que observar su entorno cercano.

De Guindos tuvo que darle las llaves del despacho oficial en el Ministerio al socialista David Vegara, pero su perfil tecnócrata le allanó muchas dificultades. Por ejemplo, tenía acceso a la Moncloa más radical de Rodríguez Zapatero. Otra cosa es que tuviera influencia. De Guindos se fue a ganar dinero. Era uno de esos economistas *double face* con una cara de invierno gestionando la economía pública y otra nueva, de verano, en los bancos de inversiones, ganando pasta.

¡Destino esquivo! De Guindos eligió mal; se fue —tres meses después de dejar el Ministerio— a Lehman Brothers, donde estuvo hasta la famosa bancarrota de 2008. También estuvo aciago en otras elecciones como «asesor especial» del banco Mare Nostrum, un chiringo de varias cajas liderado por Cajamurcia, o, mejor, por su «amo», Carlos Egea, el hombre que más manda en Murcia desde que murió Franco. El Mare Nostrum tuvo una fuerte marejada que

requirió 915 millones de euros del FROB, de esos que ponemos todos.

Probablemente sea De Guindos el ejecutivo europeo de Lehman Brothers (estaba al frente del banco de inversión en España y Portugal) al que menos le afectó el desmoronamiento de su casa, «a la que nadie rescató», siempre se lamenta. De Guindos añade que luego le contrató PricewaterhouseCoopers, la administradora judicial de Lehman, en tono de justificación.

Pero la imagen de «impoluto» de Luis de Guindos tiene un pequeño problema: son las preferentes de la CAM, que, como el resto de esos malditos productos, dejaron miles de víctimas en las cunetas mediterráneas. De Guindos estuvo allí en el acto de presentación de los dudosos productos de inversión en Valencia, representando a Lehman Brothers. Muchos le vimos. ¡Hay que ver lo malo que es tener memoria! Luego, en los juicios de los preferentistas contra las entidades, vimos que Lehman Brothers España no fue ajena al virus que infectó a los ahorradores españoles de clase media. (Vean el capítulo 16).

«Me consta que Luis de Guindos está sufriendo un mandato no precisamente de alegrías y bonanzas, desde diciembre de 2011; al contrario, las está pasando muy negras, y sus continuos viajes a Europa, como en 2012, parando y frenando situaciones, como cuando estuvimos a punto de entrar en quiebra. Le falta ser más enérgico; al binomio Montoro-De Guindos le faltó ser más enérgico cuando recibieron la herencia nefasta de Rodríguez Zapatero: decir que vamos a hacer una política de reducción de gasto, de recortes de empleo público, que está desmesurado, en vez de subir impuestos y endeudarse de manera indefinida», dijo el profesor Tamames.

De Guindos y Montoro vivieron un primer año tenso como *brothers in arms* del mismo Gobierno. Los primeros vuelos *butterfly* de De Guindos como titular de Economía fueron celosamente controlados y anulados por el titular de Hacienda, con mucho más oficio en lides políticas y aprovechando ser el escudero fiscal del presidente Rajoy, a medida que la legislatura del PP maduraba y

este elegía la recuperación como el principal de sus argumentos para tratar de ganar las próximas elecciones.

El resto de vida del tándem Montoro-De Guindos fue como la conocida historia catalana de «la puta y la Ramoneta». Uno decía que «los recortes del déficit debían ampliarse»; el otro le contradecía de inmediato. «Habrà que hacer nuevas subidas de impuestos en 2014», decía Montoro. «No será necesario», respondía De Guindos. Chocaron en lo de relajar el objetivo del déficit público; en si hemos, o no, salido ya de la crisis; en la pertinencia de nuevos y más drásticos ajustes. Así hasta aburrirnos a todos y terminar deseando que Rajoy nombrara un vicepresidente económico único para no perder el tiempo en cuitas.

El decreto de saneamiento bancario —que obligó a los bancos a provisionar 50.000 millones de euros— provocó nuevas turbulencias en un momento en que, a la vez, contribuía a disparar nuestra prima de riesgo. Esas provisiones no le dejaron a Rodrigo Rato más camino que la dimisión en Bankia. La crisis pudo haber sido gestionada mucho mejor, sobre todo pensando que se trataba de una entidad a nacionalizar que equivalía al 30% del PIB. Por eso degradaron nuestras calificaciones del riesgo español. Ese es otro de los reproches que se le puede hacer a De Guindos.

¿Se portó bien con Rato? Pues no mucho. Por sintetizar el proceso de Bankia, venimos de una apuesta del PSOE por las «fusiones frías» y la aplicación de provisiones genéricas a pérdidas para sanear balance. Aquello no es suficiente y se les conduce o a salir a Bolsa o a tener un 10% de capital. Bankia decide salir a Bolsa. En mitad del proceso, De Guindos produjo dos decretos que obligaron a Bankia a ejecutar un recorte «ciego» y las cuentas de la entidad se resintieron, hasta tener problemas con su auditor (por créditos fiscales). De Guindos se fue por el camino ancho. Unos decían que salvar la entidad cuesta 8.000 millones, pero van a ser más.

Para prevenir acusaciones de amiguismo, De Guindos eligió a Goirigolzarri, quien le exigió 19.000 millones, que aquel pidió por él a Europa. Nadie te puede acusar de defender la estabilidad del

sistema financiero. En inglés, una cosa son los *friends* (amigos) y otra los *acquaintances* (los conocidos).

Europa está agradecida a De Guindos: a pesar de haber sido peleón, fue obediente en todo. Pero es de justicia reconocer que su soltura y su inglés correoso nos han hecho ganar cuota de credibilidad en los foros económicos internacionales. Sin embargo, la era De Guindos no ha sido de cambios profundos en el pálpito económico. Nos dejará haciéndonos recordar a John Maynard Keynes: «Lo difícil no es aceptar las ideas nuevas, sino deshacerse de las antiguas».

«¿Por qué miras la paja que hay en el ojo de tu hermano y no ves la viga que está en el tuyo?», decía Jesucristo. Algo parecido cabe con Luis de Guindos, que demostró su mal genio con José María Roldán, ex director general del Banco de España y responsable de regulación de los bancos españoles, cuando quiso ser presidente de la Asociación Española de Banca (AEB). De Guindos se opuso con todo su armamento: quería dos años de abstinencia antes de ocupar cargos en esa banca que se había comido 60.000 millones de euros en ayudas de los contribuyentes. Le exigía a Roldán lo que él mismo no había hecho, y resultó inaudito que el ministro se metiera en las decisiones del órgano soberano que agrupa a los banqueros. ¿O es que el ministro actuaba contra un *quid pro quo* (una cosa por otra) de Roldán? Roldán acabó por renunciar en noviembre de 2013.

LAS COSAS DE ELENA SALGADO

Cristóbal Montoro es de carácter dulce, comparado con su antecesora, la socialista Elena Salgado Méndez, titular del Ministerio de Economía de 2009 a 2011 y azote de conductores del parque móvil. Antes de ello, cuando trabajaba para Josep Borrell en el Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente, los funcionarios tuvieron varios incidentes con ella por sus despóticos modales. Por cierto, a pesar de que doña Elena fue timonel de

nuestra Economía con el aval político de Alfredo Pérez Rubalcaba, ella no escondía una malsana adoración por su exjefe Borrell.

Elena Salgado era fría con los de abajo y sumisa con Rodríguez Zapatero y con Alfredo Pérez Rubalcaba. «No tiene alma», me dijo en cierta ocasión uno de sus conductores, harto de ir a buscar ropa o bombones a media mañana y al trato distante y borde de su jefa. El alma es muy importante, también para ser político. Si no la tienes, tu carrera lleva, como los yogures, fecha de caducidad. Decía Henry Miller que «hubo cierta *vedette* de variedades a quien le bastaba cantar una canción por pase para poner el país a sus pies. No tenía que enseñar el ombligo, ni menear el culo, ni exhibir su pechuga. Era suficiente con que cantara *Red Head*; era Aretha Franklin. Tenía “alma” y eso hacía que se ganara al público, para siempre y sin esfuerzo».

Salgado es delgada y menuda como una muñequita. Frugal hasta los límites y siempre comprometida con su imagen. Le gusta salir arreglada. En lo personal se mostraba insegura y desconfiada, y muy concienzuda con su trabajo. Ni tenía ideas propias ni construyó su equipo. De hecho, Zapatero le colocó a José Manuel Campa (doctor en Economía por Harvard) como número dos del Ministerio y él tuvo un poder enorme, sin vis pública. Él ponía el peso en las reuniones del Ecofin o del Eurogrupo.

Salgado es ingeniera industrial y economista por la Complutense (especialista en Estructura Económica) y tenía experiencia ya en las Administraciones dirigidas por Felipe González. Allí ganó fama de «dura» en su trayectoria desde la Dirección General de Costes de Personal, lo que llevaba a lucrativos consejos de administración: Renfe, Hunosa, Hispasat, Telefónica o Transmediterránea.

Zapatero le encomendó primero el Ministerio de Sanidad («Le dije al presidente que apenas sabía nada de esto», declaró al llegar al cargo). Después fue titular de Consumo y de Administraciones Públicas (sustituta de Jordi Sevilla, famoso por prometer instruir «en dos tardes» a Zapatero sobre materia económica). Al final, Salgado sustituyó a Pedro Solbes cuando el presidente Zapatero andaba más perdido que el turco en la neblina.

La salida de Salgado fue patética. Tras fracasar en el asalto a la Organización Mundial de la Salud (OMS), en 2006, Salgado quería cosas seguras, así que la agradecida compañía pública transalpina que se zampó Endesa tuvo a bien convertirla en consejera de Chilectra, filial de Endesa en Chile, durante la cuarentena de dos años que afecta a los altos cargos en la empresa privada.

Aficionada al bikram yoga, caprichosa, pero con gustos caros, a pesar de haber sido dirigente maoísta en su juventud, la que fuera vicepresidenta del Gobierno de ZP era propietaria de una exclusiva *garçonnière* de lujo en la Costa Azul, concretamente en Niza, muy cerca del Hotel Negresco. No es un gran espacio, pero está en un palacete histórico (del siglo XIX) y en una de las zonas más caras de Francia. Ello no le impidió presumir de defensora de los trabajadores al presentar una reforma fiscal.

Quedó retratada cuando obtuvo, tras un oscuro pacto, la dirección general de la Fundación del Teatro Real (1996) con un salario mayor que el de presidente del Gobierno, tarjeta, coche y chófer. Hasta que la ministra de Cultura, Esperanza Aguirre (otra *sargento de hierro*), la echó. Salgado pleiteó e invocó «razones de discriminación ideológica». Al final los juzgados la despacharon por tratarse de un cargo de libre designación, cuyo blindaje era impropio de una fundación sin ánimo de lucro.

La vicepresidenta Salgado se llevó con ella el prestigio de algunos buenos economistas que se acercaron al pesebre público, no por dinero, sino por disfrutar de tarjetas de relumbrón. Es el caso de David Vegara (hijo de prestigioso economista), que huyó del barco económico a la deriva incapaz de asumir recetas que incrementaban el gasto público. Parecido es el caso de José Manuel Campa, que era un economista reconocido. Cuando descubrió su vocación tardía de «decisor de la política económica» se coló en la política como secretario de Estado de Zapatero. *La tribu económica* se hacía cruces: «¿Pero se ha vuelto loco?». Hay que reconocer que tanto Campa como Carlos Ocaña trataron de poner freno al desorbitado déficit público, allá por 2011, dentro de la operación que se conoció como la «salida del túnel para 2012». Ingenuas criaturas.

LOS GEMELOS NADAL

Cuando Mariano Rajoy llegó a la Moncloa eclosionan los gemelos Nadal. Dignos aspirantes al título nacional del trato difícil. Álvaro Nadal Belda saltó de las tertulias periodísticas a dirigir la Oficina Económica de la Moncloa, a los 41 años, y, desde allí, a encauzar las difíciles relaciones con el Gobierno alemán de Angela Merkel. Formado en ICADE, número uno en las oposiciones a técnico comercial y economista del Estado (TCEE), doctorado por Harvard, habla alemán. Pronto, más que en la Oficina Económica, su tiempo estuvo centrado en la fontanería con la cancillería berlinesa, donde su mujer, diplomática, estuvo destinada.

¿La influencia de Álvaro Nadal tuvo que ver con la acumulación de cargos sobre su esposa? Teresa Lizaranzu compatibiliza la Dirección General de Política e Industrias Culturales y del Libro con la presidencia de la Comisión de Propiedad Intelectual y la Sociedad Estatal de Acción Cultural. Trabajando con José María Lassalle, Lizaranzu se ganó la confianza de Soraya Sáenz de Santamaría y su ascenso fue meteórico.

¿Son los Nadal un clan de gemelos? Ambos presumen de juventud y de ser los tecnócratas cultos del Gobierno. Echaron a andar de la mano de Rodrigo Rato. Lo vimos cuando Alberto Nadal renunciaba al consejo de Red Eléctrica (uno de los más lucrativos de España), donde le había enchufado su hermano. Dijo que «no quería perjudicar a su empresa». Una hermosa manera de reconocer que su aportación a Red Eléctrica hubiera sido escasa. El premio de consolación fue convertirse en secretario de Estado de Energía, que no está nada mal. Sobre todo porque venía de cuatro años como miembro de la guardia pretoriana de Juan Rosell en la CEOE.

Alberto Nadal sorprendía intentando tomar visibilidad pública como secretario de Estado de Energía enfatizando que los precios de la electricidad habían caído en 2013, siendo España el segundo país de Europa con la energía más cara, y explicaba los supuestos méritos de su gestión en base a dos fenómenos: «Hemos tenido

más lluvia y más viento», cosas que deberíamos, en todo caso, a la naturaleza.

Los gemelos Nadal son un ejemplo de lo que podríamos llamar «clan en la sombra». La mujer de Alberto y cuñada de Álvaro, es técnico comercial del Estado (TCEE), como ellos, y, al parecer, de ese núcleo salen los impulsos económicos del Gobierno Rajoy. Alberto Nadal, que enseñaba Economía en la Universidad de Washington, proviene, como su gemelo, de ICADE y profesionalmente pasó por el Ministerio de Economía (Dirección General del Tesoro), fue director general del ICO, secretario general de Comercio Exterior y consejero económico y comercial de la Embajada de España en Estados Unidos.